

miguel alberto bartolomé

introducción la cuestión étnica en américa latina

Toda apelación al futuro comienza por constituirse como una implícita reflexión sobre el pasado; dialéctica en la que con frecuencia nos reconocemos deudores de aquellos que nos precedieron en el ejercicio de la voluntad utópica. Y si esto es cierto, en términos de las ciencias sociales en general, parece aún más pertinente para el caso de las propuestas y perspectivas referidas a la cuestión étnica en América Latina.

Pareciera que, con una admirable voluntad acumulativa, los discursos sociales tendieran a reproducirse a sí mismos. Pero reconocer este proceso no es equivalente a aceptar una irremediable condena a la repetición, sino entender que dicho mecanismo se genera a partir del reiterado bloqueo que el discurso en el poder ha impuesto cíclicamente al pensamiento social en nuestro ámbito territorial. No es casual que, cuando las coyunturas políticas nacionales lo permiten, perspectivas socio-organizativas consideradas enterradas, olvidadas por generaciones, vuelvan a resurgir con una fuerza proporcional al contenido de realidad que encierran. Lo ya dicho se actualiza y reaparece en la historia cuando su propia fuerza así lo determina. De las cataratas de palabras pronunciadas en torno a la problemática étnica, el proceso de decantación histórica selecciona sólo aquellas recuperables por su concordancia con la vida; única legitimación de realidad a la cual puede aspirar la imaginación social.

En 1811, el diputado indio Dionisio Inca Yupanki escandalizaba a las Cortes de Cadiz al afirmar que "un pueblo que oprime a otro pueblo no puede ser libre": palabras que, como tantas otras,

fueron sepultadas por las arenas del proceso de construcción estatal de América Latina; pero que continúan aún vigentes en todo su totalizador contenido de denuncia, puesto que constituyen una clara apelación al reconocimiento del carácter pluriétnico de los espacios territoriales, en cuyas arbitrarias fronteras políticas se configuraron los actuales estados nacionales.

Sobre los despojos humillados de civilizaciones enteras, se construyeron las nuevas estructuras políticas que intentaron copiar apresuradamente el modelo proporcionado por el Estado-nación emergente de las revoluciones burguesas europeas. Y si la copia fue burda se debe a que se basó en la negación totalitaria y en la falsificación abrumadora de la real naturaleza de las poblaciones concernidas. Los grupos dominantes, en su mayor parte étnicamente diferenciados de las poblaciones dominadas, se declararon portadores de un proyecto de construcción nacional, estructurado en torno a la negación explícita o implícita de la presencia de los sobrevivientes de las civilizaciones indias. Su presente se declaró folklore, su pasado fue expropiado para legitimar a nivel histórico las pretensiones hegemónicas de los grupos que detentaban el poder. Y no hace falta insistir en lo que ocurrió (y ocurre) con su fuerza de trabajo y con las pocas tierras que lograron conservar.

A la arbitraria organización político-administrativa impuesta por los invasores europeos, sucedió otra aún más arbitraria en tanto carecía de la dudosa legalidad que otorga el derecho de conquista. Se podría decir que el modelo del **Estado de Conquista** fue continuado por otro, caracterizable en términos de **Estado de Expropiación**. Este acto de expropiación implicó la usurpación del control político de los diversos ámbitos territoriales, por parte de una clase que definiría el carácter "nacional" de los Estados con base en la afirmación de su autoimagen y del marco de referencia occidental. La patria del criollo no fue la misma para el indio. En todos y cada uno de los casos, las poblaciones indígenas se vieron desplazadas de la posibilidad de acceder a una participación activa en la construcción del proyecto nacional, a pesar de que habían participado masivamente en las guerras independentistas. Sin importar su magnitud numérica en los espacios geográficos específicos, la presencia indígena careció de un modelo socio-político que la contemplara en su matriz organizativa. De esta manera, los Estados pluriétnicos latinoamericanos se constituyeron como formaciones uninacionales.

Pero a casi dos siglos de la instauración neocolonial, las sociedades indias vuelven ahora a reactualizar una presencia que nunca había renunciado a sí misma, a pesar del centenario proceso de compulsión etnocida. Dicha reactualización debería obligar a los Estados-nación contemporáneos a repensarse a sí mismos, en

estos momentos en los cuales muchos de ellos se encuentran comprometidos en un nuevo proceso de renuncia activa a la situación neocolonial, dentro de la cual ha transcurrido la mayor parte de su vida "independiente". Pero esta descolonización no podrá ser total en la medida en que no se constituya también como una profunda redefinición introspectiva: resultará infructuosa toda búsqueda de un modelo de futuro que continúe estando basado en la falsificación del pasado y del presente.

Es en esta coyuntura histórica en la que se requiere más que nunca del aporte posible de las ciencias sociales, pero un aporte que no esté encaminado a reiterar los discursos previos, sino a ejercer la imaginación sociológica hacia todos los ámbitos de la utopía, entendida en términos de la construcción de inéditos proyectos de futuro. Las distintas tradiciones académicas y políticas dentro de las que se inscriben las ciencias sociales en América Latina, carecen de marcos referenciales analíticos válidos para entender la problemática derivada del proceso de formulación y constitución de Estados plurinacionales. Las experiencias europeas, si bien sugestivas y reveladoras, se nos ocurren limitadas para aproximarnos a un fenómeno de la magnitud que evidencia la cuestión étnica y nacional en América Latina. Más allá del Atlántico, víctimas y verdugos son de alguna manera similares: catalanes y castellanos, irlandeses e ingleses, franceses y bretones, forman parte de una misma tradición civilizatoria, de similares esferas culturales. Pero en América Latina la situación es más compleja; pues las minorías nacionales —numéricas o sociológicas— están constituidas por los sobrevivientes de civilizaciones alternas, no occidentales, y por ricas y diversas experiencias existenciales agredidas por la expansión colonial europea. Las nacionalidades dominantes y las dominadas representan unidades de distinto género. Su confrontación se traduce en un drama no sólo económico, sino que también atañe al sentido posible de la historia en cuanto proceso de construcción civilizatoria, y no sólo como expresión del antagonismo entre clases, sino también como reflejo del milenarismo enfrentamiento de culturas en el marco de la dialéctica social mundial. La actualización política y cultural de las minorías del ámbito territorial latinoamericano aparece entonces vinculada a un proceso mayor que la engloba; al cuestionamiento del proyecto de humanidad resultante de la expansión mercantil europea, y a su perspectiva de occidentalización planetaria. En este sentido, el convulsivo resurgimiento islámico forma parte del mismo espectro que hace visible la reactualización histórica de los nahuas, de los quechuas o de los shuar.

Pero el reconocimiento, quizá tardío, de la cuestión étnica y nacional por parte de algunos sectores (aún minoritarios) del pensamiento social latinoamericano, corre el riesgo de una prema-

tura obsolescencia si no contempla las emergencias provenientes de los verdaderos actores sociales del drama étnico. Las numerosas organizaciones indígenas, que como retoños de una aún incipiente primavera étnica, han brotado en los últimos años desde la Patagonia hasta México, evidencian la presencia insoslayable de pueblos enteros que quieren reasumir la construcción de sus propios proyectos de futuro. Pueblos dotados de una intelectualidad cada vez más autónoma, orgánica y capaz, por lo tanto, de proponer perspectivas socio-organizativas no sólo contestatarias sino también alternas; tal alteridad reflejará en una forma cada vez más profunda la naturaleza real de una multiplicidad de seres sociales, condenados por siglos a la negación de sí mismos. De más está señalar que el riesgo de no escuchar estas voces puede traducirse en una nueva e injusta balcanización de América Latina: perspectiva grata a los proyectos hegemónicos que pretenden utilizar a nuestros pueblos como peones de una partida de ajedrez cuyo final es el abismo.

En atención a este proceso, brevemente esbozado, se justifica la aparición de un nuevo número de la **Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales**, dedicado a las alternativas de las minorías nacionales en América Latina. Las obvias limitaciones de espacio y la multiplicidad de enfoques posibles —ante una problemática continental de esta naturaleza—, determina la casi imposibilidad de encontrar una rígida unidad temática en su tratamiento. Por lo tanto, el conjunto de artículos que aquí presentamos, intenta constituirse sólo en un aporte más al análisis de una cuestión que está aún muy lejos de encontrar una resolución definitiva. Pero a la cual esperamos contribuir en la medida en que la discusión fomente su conocimiento y abra la expectativa y la acción hacia la ya impostergable búsqueda de opciones viables para la situación de las minorías nacionales.

El ensayo de Darcy Ribeiro constituye un dramático llamado de atención sobre la legitimidad y necesidad de la emergencia étnica en América Latina, como parte del proceso de construcción civilizatorio. El autor señala que la negación del carácter plurinacional de los Estados nacionales, por parte de las nacionalidades dominantes, puede conducir al estallido de guerras étnicas de liberación nacional, que agravarían la ya difícil y compleja situación de nuestros países. Pero su planteamiento va más allá de la sola coyuntura política al reseñar históricamente el proceso de occidentalización compulsiva, una de cuyas manifestaciones actuales se refleja en la afirmación contestataria de la multitud de rostros étnicos sobrevivientes. Rostros que representan la reserva de energía creadora humana ante un mundo que parecía irremediablemente condenado a la homogenización. El traducir este trabajo, fruto de una de las más lúcidas inteligencias antropológi-

cas y políticas de América Latina, es un acto guiado más por el respeto profesional y el afecto personal que por la capacidad del traductor (mucho me temo que la sintaxis resultante recuerde un poco al "portuñol" o "españolgués", pero me amparo en el hecho de ser este idioma sincrético caro al autor, quien lo considera la "lingua franca" de la futura América Latina).

La investigación de Georg Grünberg, cuyo resultado reproducimos, representa un aporte de gran valor para el entendimiento de la cuestión étnica en Nicaragua. Valor derivado no sólo de su calidad de contribución al conocimiento de una de las áreas étnicas menos estudiadas de América Latina, sino fundamentalmente de su análisis de la problemática de inserción de las minorías nacionales dentro de un proceso revolucionario, como el que está viviendo ese país —asolado por décadas de dictadura inhumana. Uno de los datos más importantes que se exponen en este trabajo, es el de la incomprensión de la cuestión étnica por parte de los conductores del proceso político a nivel regional; incomprensión producida por razones históricas, políticas y sociales concretas, pero también consecuencia de un bloqueo ideológico residuo de la herencia colonial. Como resultado de lo anterior, aún no se han podido proponer opciones originales para las nacionalidades indias, que no representen una modalidad del históricamente fracasado integracionismo. Pero el proceso aún está en marcha, y aún es posible abrir nuevas perspectivas a la participación política de las minorías en las tareas de la construcción de el nuevo Estado.

El trabajo de Alicia Barabas propone la relación entre los liderazgos carismáticos y la intelectualidad india, a través de la historia. Al recurrir a una breve —pero sustancial— casuística, advierte la ligazón orgánica entre los líderes y los pueblos a los que representan. Conjunción no sólo ideológica sino también estructural, en la medida en que posibilitó la movilización de grandes contingentes humanos unificados por situaciones conflictivas y por esperanzas de transformación social. Tal vez su más importante aporte a la discusión, radica en la consideración de los líderes carismáticos —por lo común tratados desde una perspectiva exclusivamente etnológica—, como parte de una intelectualidad histórica que combina la dirigencia política con la formulación de proyectos alternos de sociedad.

El testimonio de Eva Salvador Hernández, miembro de la etnia zapoteca de Oaxaca, refleja la voz y la presencia de los verdaderos protagonistas de la cuestión étnica. Más allá de los discursos teóricos y de las retóricas políticas, su breve pero intenso trabajo expone la vigencia del racismo como categoría totalizadora, que aún tiñe con su oscuro y amargo barniz las relaciones interétnicas en un país pluriétnico como es México. No sólo son importantes su protesta y su denuncia, sino también su cuestionamiento respecto

al mundo que se les ofrece como marco de referencia para la transfiguración étnica. El rechazo al individualismo de la sociedad dominante se traduce también en una revalorización de las instituciones y tradiciones propias: expresión de una voluntad de afirmación de una matriz étnica que durante siglos la acción del dominador ha intentado destruir o, más eufemísticamente, “integrar”.

La contribución del biólogo Víctor Manuel Toledo se aproxima a un nivel aún poco explorado de la cuestión étnica: el de la confrontación ecológica entre distintas formas de estructuras productivas; la capitalista y la indígena. A partir de la premisa de que para ser eficaz, la producción debe realizarse en concordancia, y no en conflicto, con las leyes ecológicas, rescata la racionalidad del uso múltiple de los ecosistemas por parte de las sociedades indias, ante la homogeneización **ecocida** que propone el modelo tecnológico derivado de la racionalidad de la ganancia. Asimismo, señala la coincidencia entre las luchas de liberación indias y los aún incipientes movimientos de defensa de los recursos naturales, que han surgido entre zapotecas y purépechas. La relación entre la problemática étnica y la ecológica constituye otro dato central para la reflexión, en sociedades que han sido conducidas hacia la dependencia tecnológica, la cual en muchas ocasiones podría haber sido evitada con la sola utilización de los recursos tradicionales que –al igual que sus portadores– han sido negados por el Estado-nación.

En su aportación sobre educación indígena, Natalio Hernández, miembro de la etnia náhuatl de México y expresidente de la Alianza Nacional de Profesionales Indígenas Bilingües, destaca la existencia de una educación indígena escolarizada –anterior a la invasión europea–, que al ser bloqueada por los conquistadores debió refugiarse en la educación no escolarizada que proporciona la socialización familiar y comunal. Señala la contradicción que representa para los pueblos indios la escuela oficial y recoge la proposición de una enseñanza bilingüe-bicultural, formulada y desarrollada por indígenas; propósito hacia el cual ya se han dado los primeros pasos. En la segunda parte de su artículo, Hernández afirma, una vez más, la realidad inocultable de la existencia de 8 a 11 millones de indígenas en el espacio territorial mexicano, que luchan por el derecho a ser diferentes, y simultáneamente por acabar con la inferiorización de la que han sido y son objeto, como resultado de un proceso colonial que se niega a desaparecer definitivamente a pesar de su radical obsolescencia histórica. En la parte final del trabajo, el autor recurre a su propia lengua para dirigirse a sus hermanos mazatecos y exponerles la necesidad de recuperar el mundo que les está siendo arrebatado.

La propuesta de Héctor Díaz-Polanco enfoca uno de los ámbitos

más complejos y significativos para la reflexión teórica referida a la cuestión étnica; esto es, las aproximaciones marxistas referidas a la cuestión nacional. Después de destacar la relevancia de la emergencia étnica en el mundo actual, el autor se propone resumir algunas de las opiniones centrales al respecto, tal como se desprenderían de la literatura contemporánea. Establece así una diversidad de perspectivas que van desde la negación del concepto "etnia" y su sustitución mecánica por el de clase, hasta aquellas que (según el autor) niegan la relevancia del análisis de clases en el fenómeno étnico, pasando por una serie de posiciones intermedias. Asimismo, propone una particular definición de la etnicidad y encuadra a la etnia dentro de su historicidad vinculada al conjunto de transformaciones estructurales de una sociedad. A continuación Díaz-Polanco intenta una amplia gama de conceptualizaciones de lo étnico, en diversas situaciones contextuales. Como toda elaboración teórica e ideológica, la del autor es discutible, pero sus formulaciones siguen las líneas de una discusión que está muy lejos de ser agotada, y en la cual cada aporte despierta necesarias sugerencias para la exploración teórica.

El irónico título con el que el zapoteco Ignacio Reyes presenta su artículo, refleja el sentido que para un indígena ha tenido el aprendizaje de las ciencias sociales, tal como le han sido expuestas a nivel escolarizado. Su legítima actitud contestataria lo lleva a confrontar algunas de las realizaciones de españoles y de indígenas, al afirmar el valor de las propias y rescatarlas en la reafirmación de su identidad étnica. Su trabajo documenta también el drama de los pueblos del distrito de Villa Alta en Oaxaca, condenados no sólo a la negación de sí mismos, sino también a la reproducción del racismo por adopción del modelo propuesto por el dominador. En su argumentación expone claramente el papel del racismo en el proceso de explotación económica, en términos de su calidad de justificador de las relaciones asimétricas.

El extenso y documentado trabajo de Gregorio Iriarte y el equipo de CIPCA (Centro de Investigación y Promoción del Campesinado) de Bolivia, constituye un rico material para el conocimiento del proceso político del campesinado indígena de aquel atormentado país. Bolivia representa uno de esos casos en los cuales la ceguera ideológica ante la cuestión étnica resulta más evidente. La conciencia social latinoamericana se escandaliza ante una Sudáfrica, donde un régimen racista y minoritario oprime a una inmensa mayoría de población nativa. Sin embargo, esa misma conciencia no advierte el drama de Bolivia, donde la contradicción es de similar naturaleza, si descartamos la retórica oficial que pretende legitimarse a sí misma a través de la apropiación de la historia del colonizado. Millones de aymaras

deben utilizar libros de texto que asientan: "los aymara eran los primitivos pobladores de nuestro territorio"; tarde o temprano este humillante despojo provocará estallidos de consecuencias imprevisibles. La historia del movimiento sindical campesino es también la historia de la lucha de los indígenas por encontrar caminos de autodefensa y de acceso a la participación política. Los planteos de algunos de los sectores del movimiento indio boliviano y su calidad de mayoría numérica en la población, conducirán quizás a la construcción de la primera República India de América.

Guillermo Bonfil Batalla se aproxima a una de las conceptualizaciones más espinosas de las ciencias sociales, a pesar de que sobre ella se ha construido buena parte del discurso teórico de la antropología; se trata del concepto de cultura y de su dinámica contemporánea. El eje de su argumentación radica en la discusión respecto a los mecanismos de alienación de las culturas y a las respuestas de resistencia a éstos. A partir de ello, se plantea un esquema metodológico que servirá para el análisis concreto de situaciones contextuales. Esta formulación metodológica posibilitaría, en una de sus instancias, establecer diferencias entre cultura alienada y la que podría ser calificada como cultura propia, entendida en términos del ámbito de lo cotidiano y creativo. Dentro de los mecanismos operantes en el seno de los sistemas de confrontación cultural, señala a los procesos de toma de decisiones como particularmente relevantes en la necesaria búsqueda de la autonomía cultural.

Carlos Guzmán Böckler en sus reflexiones sobre la cuestión étnica en Guatemala, destaca la violencia étnica como rasgo central del proceso de conformación nacional de su país, organizado en torno a la confrontación indio-ladino, dominado-dominante. En su aspecto medular el trabajo expone la configuración histórica de las categorías de adscripción étnica, así como los estereotipos resultantes de la definición ideológica de ambos sectores, en la cual "lo indio" aparece como una categoría estigmatizada y estigmatizante, generada por el grupo ladino como base necesaria para autoafirmarse, a pesar de su manifiesta inferioridad numérica respecto a la mayoritaria población maya (80 por ciento). Finalmente, señala que la memoria colectiva de los dominados constituye uno de los pilares de su conciencia étnica y de su continuidad histórica; lo que abre una importante perspectiva para la redefinición nacional de un ámbito estatal al que califica como ficticio, en tanto representante del proyecto de una minoría usurpadora.

Una vez más entonces –tal como lo hiciéramos en el núm. 97–, proponemos al lector de la **Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales** sumarse a una reflexión impostergable para todos aquellos –indios y no indios–, que asuman la incuestionable presencia de amplios sectores de la población de la llamada

América Latina, a quienes el colonialismo primero y la negación voluntaria de los Estados-nacionales después, han intentado condenar al olvido de sí mismos.